

CONSAGRADOS

COMO FERNAND BRAUDEL ESCRIBIO EL MEDITERRANEO

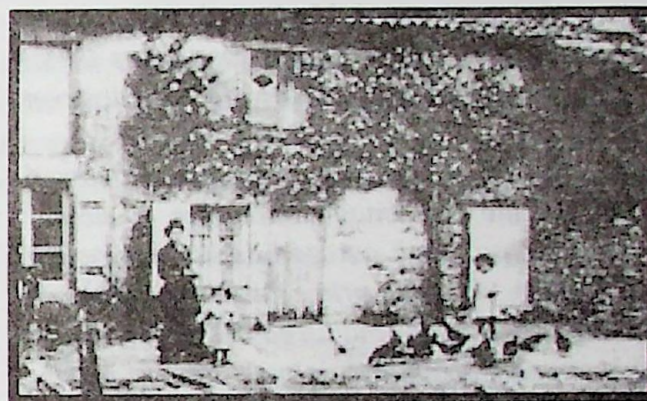
POR PAULE BRAUDEL.

TOMADO DE L' HISTOIRE, NO. 207, FEBRERO DE 1997. P.P. 84 - 89

Traducción de Efraín Morales. Docente Alianza Colombo - Francesa. Colegio Marco Fidel Suárez.

*Cómo un historiador escribe su obra maestra ? Esta es la pregunta que le formulamos a Paule Braudel, la esposa de Fernand Braudel. Ella cuenta aquí, y por primera vez, la génesis de EL MEDITERRANEO**

Cuál fue la génesis de EL MEDITERRANEO ? Tal es la pregunta que se hacen todos aquellos que observan un poco más de cerca el trayecto de Fernand Braudel. Porque cuando él publica esta primera obra, en 1949, tiene ya cuarenta y siete años. Hasta aquí Braudel ejerció su oficio de profesor de historia en Argelia, después en Brasil, ignorando e ignorado por los círculos de la universidad parisina. Y El Mediterráneo escrito finalmente después de cinco años de cautiverio en Alemania, es la obra de un desconocido ; tan es así, que poco después de la Segunda Guerra Mundial fue publicada por cuenta del autor !



Fernand Braudel niño (a la derecha) en compañía de su abuela, delante de la casa familiar, en Lorena, en donde vivió los 7 primeros años de su vida. Y donde él pasó todos sus veranos hasta la edad de 20 años. Es allí en donde él aprendió la larga duración y tomó conciencia del "gran desquiciamiento de Francia campesina" de después de 1914 (Col. autor, D.R.A.)

UNA INFANCIA BIENAVENTURADA

Entonces naturalmente, es a mí, su esposa, que me lo encontré por primera vez en 1930, a quien

se halla normal dirigirse. Una vez ya, en México, fui invitada a pronunciarme sobre "los inicios de la aventura intelectual de Braudel". Y para entonces, yo los había descubierto, esos inicios, no en la lógica de una elaboración teórica, sino en el desorden de una imaginación creadora, que construía poco a poco una visión interior, tan concreta como confusa, consultando en todas las fuentes, las de la vida, las de los libros, las de los archivos. Esta visión interior él la bautizó "espectáculo", diciendo que la teoría en él sólo se había formulado tardíamente, "como la única respuesta intelectual a un espectáculo -El Mediterráneo- que ningún relato tradicional parecía capaz de aprehender".

* Este testimonio fue pronunciado por Paule Braudel en mayo de 1996, en el coloquio consagrado a "Europa, Hungría y el Mediterráneo", coorganizado por L' Histoire, la Academia de Ciencias de Hungría y las embajadas francesa, italiana y española en Hungría. Nosotros [L' Histoire] lo publicamos con algunos cortes autorizados por la autora.

Es, pues, a esta palabra reveladora de

“espectáculo” a donde yo había llegado con el autor mismo, después de haberlo seguido en las adquisiciones sucesivas de una lenta maduración solitaria. Pero hoy, yo quisiera recorrer el camino inverso, partir del espectáculo en vez de llegar allí; y esta vez tomando la palabra en el sentido propio. No ese gran espectáculo interior de un Mediterráneo reconstruido en espíritu, sino las imágenes de la vida real recibidas al día. Yo me colocaré menos del lado de las ideas y más del lado del hombre. Yo lo seguiré en sus errancias. Y, digámoslo enseguida, esto no nos llevará únicamente al Mediterráneo, porque Braudel tuvo la suerte de que los azares de su vida hayan variado para él los espectáculos con generosidad.

Cuatro experiencias muy diferentes nutrieron sucesivamente esta imaginación que yo ubico, personalmente, en el corazón de la inteligencia braudeliana. Las tres primeras fueron baños de felicidad; la última, una larga desventura, pero todas se encuentran en la obra final. El primer espectáculo es aquel que se ofrece a un niño que debería normalmente encontrarse en un estrecho apartamento parisino, el de su padre, maestro en la capital. Pero él fue confiado, siendo un bebé, a su abuela paterna, y va a vivir hasta los siete años como un verdadero hijo de campesino, en un pueblecito de Lorena en donde, además, nació durante las vacaciones de verano que regularmente llevaban allí a su familia.

De este período bienaventurado, cerca de una mujer que fue, dijo él, “la pasión de mi infancia y de mi juventud”, él nunca olvidó nada: la casa de piedra construida en 1806 con hábito loreno, su peral en esparrado guardando la puerta de entrada, el huerto donde su abuela hacía maravillas; la cocina en el hogar; las hierbas preferidas de los conejos que él estaba encargado de alimentar; el espectáculo mágico de las ruedas enrojecidas por el fuego metidas por el carretero en un baño de agua humeante; la fragua; el bosque bien cerca; el molino y los rebaños del pueblo llevados todas las mañanas

por el pastor comunal –un pastor alsaciano que él seguía gustoso a los prados, y que le enseñó sus primeras palabras de alemán y el arte de cocinar las papas bajo la ceniza.

Y esa fue también la época de sus primeras nociones de historia. Un viejito campesino del pueblo le había pedido el favor de abrir temprano por la mañana su establo al pastor. En recompensa, él le contaba, mezclando sus propios recuerdos a la memoria del pueblo, las guerras napoleónicas, o la guerra de 1870, o la guerra de Crimea. Braudel guardaría de todo esto un vivo recuerdo.

Este largo aprendizaje campesino, renovado de verano en verano hasta su vigésimo cumpleaños, fue una inmersión en la larga duración por excelencia, aquella de un mundo rural que había permanecido semejante a sí mismo durante siglos, hasta lo que Braudel llamó “el gran desquiciamiento de Francia campesina”. Un “desquiciamiento” que él data de 1914 solamente, o incluso a veces de 1945. Esta ruptura profunda, él la vivió entonces personalmente. Y esta implicación le ha puesto incluso un serio problema en su última obra sobre Francia¹.

Sus recuerdos de infancia tan luminosos lo incitaban a pensar que si esta estructura rural había sobrevivido largo tiempo en Francia, mucho más que en la mayoría de los otros países de Europa, era que ella “había ofrecido por mucho tiempo, a una población, indudablemente en exceso, un cierto equilibrio de vida”, una vida ruda con tareas penosas a nuestros ojos hoy día, capaz sin embargo de asegurar “una comodidad relativa”. Sí, pero él se hacía la pregunta: mis recuerdos, todos impregnados de alegría de vivir infantil y del rastro de mi abuela, no me engañan? Él se hacía tanto más esta pregunta,

¹ Identidad de Francia, París, Arthaud, 1986. reedición Flammarion, “Champs”, 1990.

por cuanto que bastantes obras recientes y bien documentadas ofrecían de este pasado campesino los cuadros más negros, más miserabilistas.

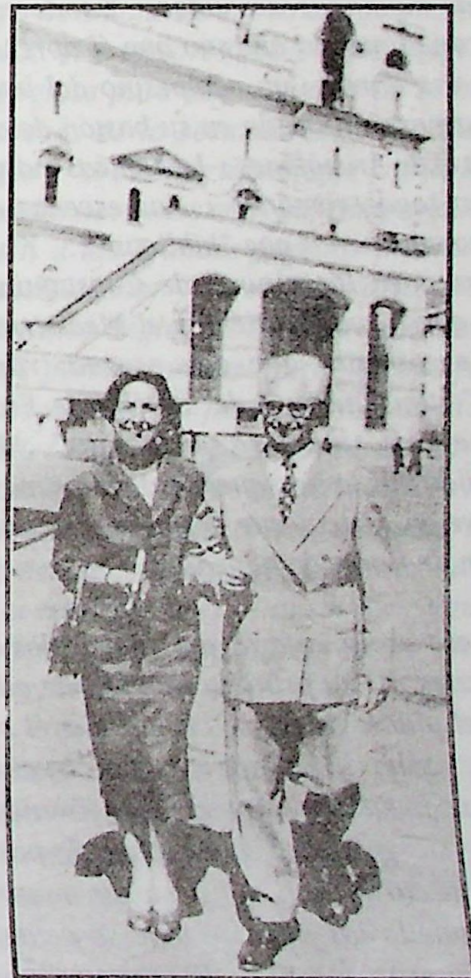
Honestamente, qué había que creer? El se decidió por una encuesta ante sus contemporáneos que sabía habían vivido como él una infancia campesina. Uno en la Borgoña montañosa de antes de 1914, otro en las llanuras del Este, un tercero en las cuestas secas del Rosillón, hoy legadas al monte, todos decían la misma cosa: no les había "faltado nada ... excepto dinero", vivían todos en tierras consagradas evidentemente a una sabia policultura de autosuficiencia que ya no se practica hoy día. Entonces, no había que poner en tela de juicio la diversidad fundamental de Francia? La verdadera miseria rural habría concernido solamente a algunas de sus regiones, del centro sobre todo.

EL DESLUMBRAMIENTO ARGELINO

Pero retornemos al niño. A los siete años, él reencuentra en París a sus padres; más tarde, hace estudios como un excelente alumno en el Liceo Voltaire; después hace un aprendizaje clásico de historiador y de geógrafo en la Sorbona. Años de formación, pues, con muy buenos profesores, pero quedaron grises en la memoria de Braudel, entristecido por la Primera Guerra Mundial y también por unas relaciones familiares tensas con un padre muy inteligente, pero muy duro y exigente. Yo pasaré por encima de esos años, cierto, intelectualmente importantes. ¡Pero nada para la imaginación, nada para el espectáculo! Excepto, en el verano, grandes paseos en bicicleta en Francia del Este con su hermano y su primo.

El segundo gran espectáculo va a comenzar para él cuando, habiendo pasado sus últimos exámenes en un abrir y cerrar de ojos, se halla, a los veintiún años apenas, como profesor de Liceo

en Constantina, en Argelia. Este cargo que le asignó el azar de una decisión administrativa será la ocasión de un fantástico cambio de hábitos. En verdad, de un encantamiento: "yo he amado apasionadamente el Mediterráneo, escribirá él en la primera línea de su obra, probablemente porque he venido del Norte, como tantos otros, después de tantos otros". ~ Hay que decir que a los veintiún años este hombre del Norte no había nunca visto el mar!. Por primera vez, en septiembre de 1923, él pone los pies en un barco: "Más allá de la costa saliente de Provenza, el barco se perdió en medio de un mar extraordinariamente calmado, un mar tan azul que carecía de cualquier transparencia y parecía sólido". A la llegada, él ve a Argel toda cubierta de brumas, envuelta "en un vapor de



Paule y Fernand Braudel en los años 60 durante uno de sus numerosos viajes a Europa Central (Colección Autor, D.R.A.)

estufa, sus casas blancas dispuestas como un abanico abierto". Y en las callecitas estrechas de la Casbah, la ciudad árabe, él es invadido por "la sensación deliciosa de escapar al tiempo, de volver muy lejos atrás, al tiempo de los corsarios y de los esclavos cristianos".

En el lento tren que lo conduce al este de Argel, hacia su cargo de Constantina, todo lo asombra: "Una Kabylia recalentada" por el sol de septiembre, donde él cree morir de calor, las grandes planicies de Sétif barridas por el viento, la "desnudez trágica y grandiosa del paisaje". Constantina, que le había sido descrita como "una pequeña y horrible ciudad" lo encanta, enganchada muy alto en su peñasco rosa y gris, como en un balcón encima de la llanura donde se adentra la orilla de Rummel, frente a un lejano paisaje de montañas desnudas. Y todo eso se mezcla con el mundo antiguo que él aprendió a amar en los libros: un campesino del interior con su carnero, apoyado en su bastón de olivo, sale para él de Aristófanes; las túnicas indígenas son como togas romanas; las escenas de la calle son nada menos que "bíblicas"... Y luego, en invierno, en las alturas de Constantina, él aprende que nieva también en el Mediterráneo, "una nieve brutal que cae espesa, rápida, derecho", tan diferente de aquélla de Francia "que cae fina, indecisa, valsando". El es sorprendido por la brusquedad de la primavera, muy breve en Africa, que despunta rauda en la profusión de flores de almendro.

Y todo eso en la euforia del sol, de los altos cielos azules, de su primera libertad de adulto, en fin, del placer de darse cuenta que él puede encantar con su palabra a muchachos y muchachas de su clase apenas más jóvenes que él. Desde sus primeras vacaciones de pascua, él cede a la curiosidad del desierto, recorre a lomo de camello las pistas donde se detiene la circulación automóvil. El repetirá estas incursiones a los palmares y oasis cuando deje Constantina por Argel en donde enseñará hasta

1932. "¡Ah, volver a ver Argel! me escribía en cautiverio, nostálgico, volver a ver el mar gris, vinoso".

En 1932, Braudel es nombrado en París. El deja Argelia definitivamente. Habrá pasado allí nueve años, interrumpidos solamente por su servicio militar en Alemania ocupada -nueve años plenos y formativos porque, en 1927, escogió como tema de tesis Felipe II, España y el Mediterráneo. De hecho, él amplió considerablemente sus horizontes mediterráneos pasando todos sus veranos, cinco de seguido, no en Lorena (su abuela murió en 1924), sino en los archivos españoles. Y el espectáculo es doble esta vez: el de otro pedazo de Mediterráneo, de otra civilización muy original que le será siempre muy querida, España, pero también su primera inmersión en el mundo de los archivos que seguirá siendo hasta el final de su vida su más vivo placer intelectual, el lugar de elección de su imaginario. Es aquí, creo, donde brota el estilo braudeliano aparentemente tan simple y claro, pero cargado de imágenes carnales y poéticas.

En París, Braudel permanecerá dos años apenas porque, a principios de 1935, se le propone enseñar en la Universidad de Sao Paulo, y él se deja enseguida tentar por lo que será el tercer espectáculo de su vida: Brasil. El se embarca en Havre, solo (el nacimiento de nuestro primer hijo retardará un mes mi propia salida). Y aquí de nuevo el cambio de hábitos es brutal y apasionante. Su soledad de recién llegado lo pone enseguida en contacto con numerosos Brasileños, clientes del hotel, alumnos, profesores, y con el director del más grande periódico de Brasil -El Estado de Sao Paulo- quien estaba muy preocupado por lanzar a la opinión de esa universidad recientemente creada en su ciudad, con profesores extranjeros, en su mayoría franceses.

Es así como aparece en el Estado, un mes apenas

después de su llegada, un artículo de Braudel que expresa su primera sorpresa ante el nuevo mundo del siglo XX: "Han observado ustedes, escribe, cuánto aquí los intercambios intelectuales describen anchos círculos y nos hacen viajar por la tierra entera? Sao Paulo, rosa de los vientos, tiene el sentido, la experiencia, la comprensión del mundo, no del ayer, éste de hoy en que los continentes cada día se acercan unos a otros. Aquí se fermenta la juventud de las cosas: impunemente aquí se puede y se debe soñar con el futuro". Porque aquí la presencia del mundo es real: "vean los productos agrícolas de base, el café y el algodón, ellos obligan al propietario a jugar su partida contra adversarios de Africa e incluso de América del Norte. [...] En Francia por el contrario, [...] la economía nacional tiende a cerrarse sobre sí misma [estamos en 1935], a vivir en campo cerrado, por su fuerza, por su estatura y también por su aparente inmovilidad. Nada que pueda compararse a estas interminables antenas que van de Sao Paulo hasta Europa, Africa del Sur, América Septentrional, el Pacífico, Japón".

Durante tres años, Braudel se llenará del espectáculo, él irá a ver esas montañas en la que los rebaños medio salvajes transhuman cada año ellos mismos, sin intervención humana; o también las grandes limpiezas forestales en una naturaleza hostil; o más aún las magníficas haciendas de café, y sus viejas y vastas casas coloniales donde se evocaba por ellas mismas la vida, no tan lejana, del señor y de sus esclavos. Y después, en el nordeste brasilero, en Bahía, lo lanza a reflexiones completamente diferentes. Aquí en la antigua capital de Brasil de antaño, el pasado no vive solamente en las innumerables y magníficas iglesias barrocas de la ciudad, sino en su ser mismo.

Es un shock para Braudel el darse cuenta que el Brasil nuevo del sur no es reconocible en la vieja bahía. Ella se distingue de él, dice, en toda su vida cotidiana por la "simplicidad de una cortesía

refinada, un arte culinario original, el gusto de la medida, pero también y sobre todo por la coherencia de una sociedad moldeada, solidificada por la historia, que guardó en su conciencia de clase un poco de la rigidez de las viejas sociedades de Europa". Y concluye: "en Bahía, el pasado pesa sobre el presente, o más bien vive en el presente, y coloca allí la marca de su poesía, y de sus experiencias, él impregna la ciudad".

LA HUMILLACION DE LA DERROTA

Pero Brasil fue también para Braudel algo diferente: la impresión fascinante de poder "viajar hacia atrás en la historia", de revivir la Europa de antaño de ese Brasil de principios del siglo XX. A profesores que le solicitaban consejos pedagógicos para la enseñanza de la historia a los jóvenes de la secundaria, él no dudaba en decirles: "si ustedes tienen que hablarles de los eupatridas de Atenas antigua, compárenlos, pues, es fácil, a las grandes familias patriarcales de sus hacendados; y si es necesario evocar ese maravilloso siglo XIII europeo en el que el hombre perseveraba en abrir los bosques a los cultivos y en drenar los pantanos, no titubeen en hablarles de su Edad Media, Moderna y de sus grandes desmontadores en lucha contra el bosque hostil. Explíquenles si hoy día estos tienen la ayuda del automóvil y de la máquina, su combate ante la naturaleza es el mismo". Ven ustedes cuanto el diálogo pasado-presente era natural en Braudel.

Pero estas errancias brasileiras no lo desligaron del Mediterráneo, por el contrario, porque sus largas vacaciones de verano (invierno en Europa) nos llevaban cada año a los archivos ya no de España, sino de Italia, en Venecia, Génova, Florencia, Nápoles, Palermo, Dubrovnik, la antigua Ragusa, nosotros hicimos miles de microfilms en una época en que estos no existían

todavía, manipulando un viejo aparato de cine, y los descifrábamos enseguida con una vulgar "linterna mágica", durante meses en nuestra calmada casa de Sao Paulo. La conclusión de este episodio brasileiro nos reservó una gran alegría: en el barco que nos llevaba a Francia en noviembre de 1937, nuestro encuentro con Lucien Febvre, codirector junto con Marc Bloch de la revista para entonces revolucionaria de los *Anales de Historia Económica y Social*. Tres semanas de risas y conversaciones cotidianas sellaron para siempre una amistad profunda.

De vuelta en París, movido por Lucien Febvre, Braudel decide pasar por fin a la redacción de su tesis. Pero estamos en 1938. En Europa la guerra está ya ahí. Y para Braudel esta durará seis años, entre ellos cinco de cautiverio. La guerra relámpago de 1940 le reserva el horrible espectáculo de la debacle francesa. Un golpe enorme, una cólera, una humillación, de lo cual solamente se liberará en mayo de 1945 cuando él franqueará las puertas al fin abiertas de su campo y verá con sus propios ojos, en Hübbeck, la igualmente horrible e impactante derrota alemana pensará entonces: ¡hay una sociología de la derrota! Pero en 1940, él no había llegado a ese hallazgo. Sus sentimientos de ese momento se encuentran expresados en una obra de 1963, a propósito de la feudalidad². "Tal oficial francés, escribe, en la debacle de junio de 1940, soñaba con que cada unidad en la base pudiese recuperar por milagro, un instante, su autonomía el derecho de actuar a su manera, sin respetar las órdenes generales que la ataban a una comandancia cada vez menos eficaz y que, sin quererlo, empujaba a cada grupo hacia el retroceso de la derrota. El régimen feudal nació de una reacción analoga. Por su parte, él combatió hacia el final en la frontera del Rhin.

Cercado, sólo aceptó rendirse una semana después del armisticio bajo la promesa formal, de los oficiales alemanes y franceses, de la libertad para él y sus hombres. Promesa no respetada.

Pero, me dirán ustedes, por qué inscribir esos terribles años de guerra y de cautiverio dentro de los "espectáculos" que tienen su lugar en la génesis del Mediterráneo? En principio, no hay nada de espectáculo para un prisionero. En cuanto a la génesis, El Mediterráneo no se hallaba ya detrás de él, acabado en espíritu, puesto que justo en vísperas de su movilización él había comenzado a redactar algunas páginas? En esas condiciones, la guerra fue algo distinto a una interrupción de un año, porque finalmente la obra fue, en su cabalidad, escrita en cautiverio?

Sí, pero escuchen a Braudel repetir, y ya en 1942, que él habría seguramente escrito un libro completamente diferente sin el cautiverio "que acaba la fuerza nerviosa, pero que vuelve más lúcido, que permite una larga meditación de un tema". Una doble meditación, diría yo, porque hay dos Braudel en escena en los inicios de su confinamiento. Uno que trata de abstraerse de la tragedia de la actualidad lanzándose enseguida a la escritura a un ritmo intenso; el otro que no puede impedirle observar ávidamente el desarrollo del drama mundial del cual dependen el destino de Europa y el suyo propio. Y es ahí donde se afirma su deseo de negar el evento. Su apuesta era convencerse de que la victoria de Hitler, si victoria había, estaba condenada a término por la historia. E incluso, si este término por desgracia estaba demasiado lejos para que las víctimas tuviesen la alegría de alcanzarlo, la perspectiva era consoladora.

Claro está, Braudel no se privaba de comentar esta esperanza en los patios y conferencias que él daba a sus camaradas. Uno de ellos me contó

² Se trata en realidad de una parte de un manual titulado *El mundo actual*, parte vuelta a publicar en 1977 bajo el título *Gramática de las Civilizaciones*.

que era incluso un juego relajante en el campo de Mayence el gritar en los corredores cuando se tenía noticias de un nuevo avance alemán, en 1941 : “ ! Pero eso es puro suceso, nada más que suceso ! “

Esta minimación del evento, Braudel mismo la calificó de “respuesta existencial” en los tiempos trágicos que él atravesaba. Pero ella repercutió sobre su otra meditación, intelectual ésta, su cara a cara con la obra que él había dedicado redactar sin notas, fiándose en su memoria. Ahora bien, él la reiniciará tres, cuatro veces seguidas e incluso más para ciertos capítulos. Lo cual indica por sí mismo que la génesis de la obra no estaba todavía en su término. No es su memoria la que traicionó a Braudel. El se choca con las dificultades que le pone la naturaleza misma de sus informaciones, con las dificultades de lo que llamará más tarde la historia global. El se había divertido desde hacía años recolectando todo sobre el Mediterráneo, pasado y presente, geografía, economías, técnicas, rutas de tierra y de mar, guerra de los Estados, de los corsarios, literaturas, sociedades, sociedades, civilizaciones, etc. Y el tributo por estas múltiples curiosidades, es que debe batallar ahora por presentar con coherencia una masa de hechos heteróclitos que rehusan ensamblarse por sí mismos. El escribe miles de páginas y vuelve a empezar incansablemente, nunca satisfecho. Lo sabemos porque estas páginas las envió poco a poco a nuestro amigo Lucien Febvre, y su correspondencia de cautiverio, integralmente conservada, señala con precisión estos envíos sucesivos. Veinte de julio de 1940, me escribe: “trabajo de un tirón en mi siglo XVI, cosa absurda por momentos, pero tan dulce”. Treinta de septiembre : “redacto todo el santo día [...] Alegría de escribir”. Veinticinco de enero de 1941 : “Mi libro está acabado (1600 páginas escritas) ! Uff! Pero no crean nada de eso, porque el primero de marzo : “Vivo con la cabeza metida en mi trabajo. Pensar es evadirse”.

“ES ORIGINAL, SOLIDO, OPORTUNO”



Nacido el 1902, en la Meuse, Fernand Braudel enseña principalmente en Argelia y Brasil. En cautiverio, durante la Segunda Guerra Mundial, redacta El Mediterráneo. La foto se remonta a algunos años antes de su muerte (Colección Autor. D.R.A.).

El 15 de julio de 1941, él envía a Lucien Febvre las primeras quinientas páginas : “El plan general, sobre todo, me preocupa. Hacerlo más simple, pero cómo ?” Lucien Febvre acusa recibo de este primer envío : “yo me le eché encima. [...] Es original, sólido, oportuno”. Pero en el mes de agosto, el autor menos satisfecho envía una “segunda copia con grandes modificaciones” de esas mismas quinientas páginas. Después él retoma en otoño la redacción inicial de las dos primeras partes siguientes. Y el 23 de diciembre de 1941, en una carta muy cansada, me anuncia : “Mi libro está acabado y el año también”. Pero esta vez tampoco crean nada. A pesar de Lucien Febvre quien, en abril de 1942, se dice : “no solamente estupefacto sino encantado [...] por esas páginas nuevas, llenas de vida y fuertes más allá de la esperanza”, mi marido me escribe exactamente en el mismo momento que él va a retomar todo “porque ahora veo claro en mi libro”. Ocho meses más tarde, en diciembre de 1942, anuncia “una nueva edición definitiva” a Lucien Febvre quien, recibéndola en junio de 1943,

se manifiesta "conmovido de verdadera admiración por su trabajo. Es de una admirable riqueza".

Estamos por fin en el término? En lo absoluto. Un año más tarde, en abril de 1944, Braudel declara a Febvre: "Me puse de nuevo delante mi Mediterráneo" y habla entonces más claramente de "su plan tripartita: historia inmóvil (marco geográfico); historia profunda, la de los movimientos colectivos; historia de los eventos". A mí me escribe a final de año: "alegría loca en el trabajo. Estoy en una especie de gracia extraordinaria. Todo es simple ahora en la arquitectura y en la redacción de mi libro". Este se encuentra ahora "ordenado según varias líneas temporales, yendo de la inmovilidad a la brevedad del evento". El Mediterráneo adquirió al fin su forma definitiva, la que definirá para él, en adelante, todo paisaje histórico.

Podríamos asombrarnos de esta lentitud para definir, para teorizar, si Braudel no hubiese explicado él mismo que la visión de la historia, que llegó a ser la perspectiva central de su obra, se impuso en él tardíamente y "sin que se diera cuenta enseguida". Pero, no es porque ésta vivía en él muy confusamente, pero poderosamente, desde hacía mucho tiempo? Como uno de esos

largos hábitos a los cuales ya no se presta atención? Porque, si reflexionamos acerca de esto, "nuestra dulce y vagabunda vida" que él me recordaba con nostalgia escribiéndome desde su prisión, había sido siempre para él la ocasión de jugar con el tiempo. Que fuese en Argel, en Timgad, en Túnez, en Venecia, en Barcelona, en Génova, en Palermo, en Río de Janeiro, en Bahía, o ante el maravilloso pequeño puerto de Dubrovnik, Braudel soñaba, jugaba con multitud de imágenes, sacadas de mil fuentes, que se presentaban como en un telescopio, para su placer, a través de los siglos. Pero él no buscaba todavía pensar en ellas. El observaba.

Es por instinto que él sintió siempre que cada paisaje, cada ciudad, cada hombre está hecho de todo un ensamblaje de pedazos heterogéneos que no tienen la misma edad. Algunos atravesaron imperturbablemente los siglos y continuamos utilizándolos, transmitiéndolos a nuestro turno sin saberlo incluso, mientras que creemos vivir solamente los eventos de nuestro presente que pasan a toda velocidad ante nuestros ojos. Yo creo que esta dialéctica pasado-presente, este diálogo entre la larga duración y lo efímero queda como lo esencial de la herencia braudeliiana, como lo que él tuvo de más constructivo.

